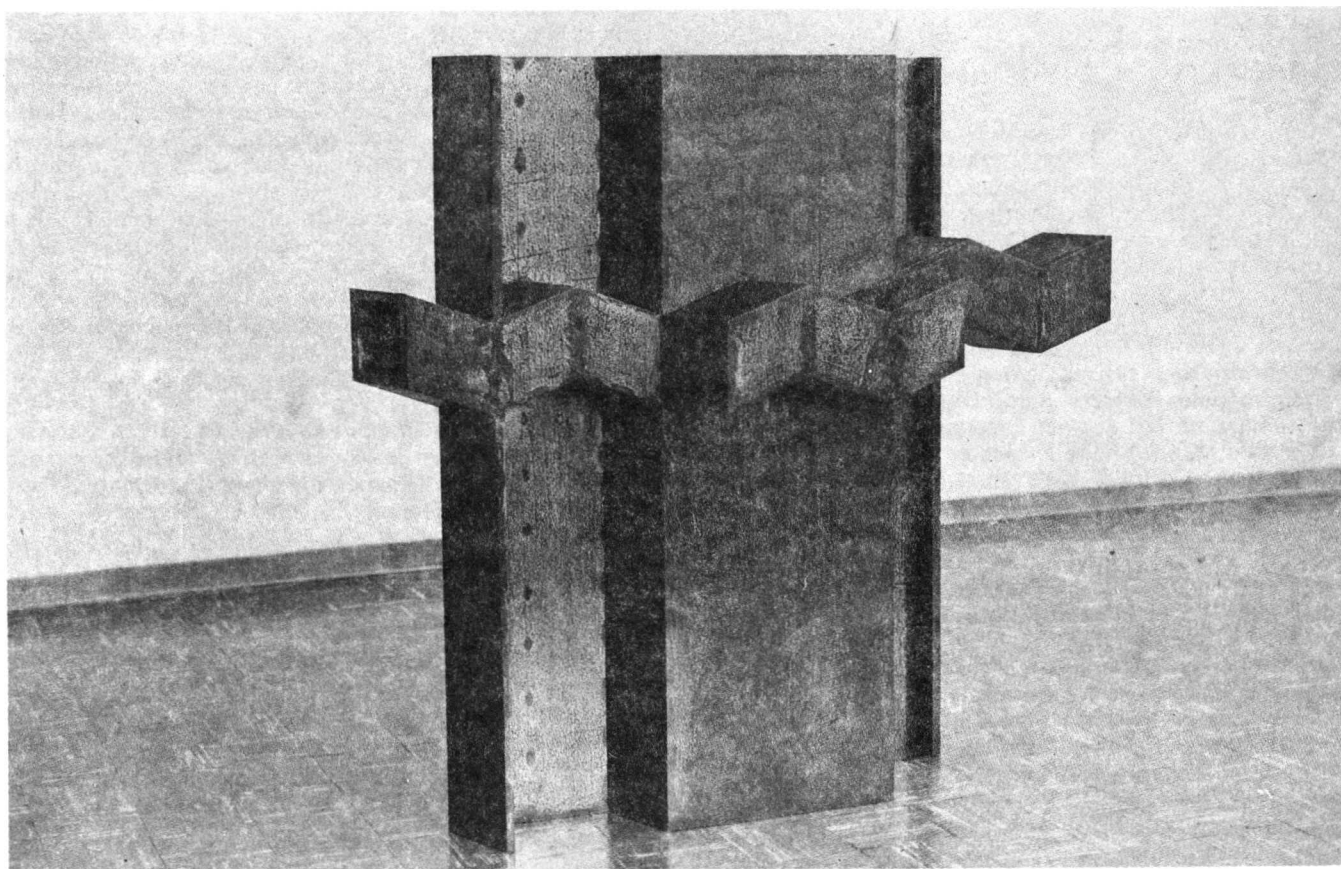


---

# Los antiguos griegos entre nosotros (II)

Por  
**Juozas Zaranka**

---



"Acueducto No. 5", 1984. 1.38 mts.

**Manuel Briceño Jaúregui, S.J.,** *El genio literario griego. Ambientación y análisis.* Bogotá, Bibliográfica Colombiana, Ltda., 1966, vol I. 689 págs., vol. II. 625 págs.; Universidad Javeriana Seccional de Cali, 1980, vol. III, 695 págs.

**Manuel Briceño Jaúregui, S.J.,** *Raíces clásicas de nuestra cultura.* Bogotá Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, XVI.

Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada, 1969, 388 págs.

En 1959 Julián Motta Salas publicó en Bogotá *Letras griegas y latinas*, un manual de las dos literaturas, en el cual la parte griega ocupa las págs. 8-218. En el prólogo de aquel libro el autor declaraba: "... me basé... en autores o tratadistas de la materia cuyos nombres van citados oportunamente y en mis propias

modestas observaciones". En realidad, hubo en él tal exceso de citas que algunos colegas maliciosos concluyeron que el libro de Don Julián había sido confeccionado a tijeretazos. Pero donde el autor deja a un lado a los "tratadistas" y se atreve a hacer sus propias observaciones, aparecen "descubrimientos" como el siguiente: afirma que Cornelio Nepote al escribir su libro intitulado *De los varo-*

nes ilustres, lo hace “al estilo de los de Plutarco, a quien imita en parte”. (pág. 298). Pero el doctor Motta Salas se cuida de explicarnos cómo el historiador latino que vive en el siglo I a.C. puede imitar a Plutarco quien nace unos setenta años después de su muerte. Aquí surge la tentación de aplicar al autor las palabras con las cuales él ha calificado a Nepote: “Carece de crítica, comete errores graves”. El hecho de que se trata del libro de un aficionado nos inclina a la indulgencia.

El caso del Padre Briceño es muy distinto: ya no se trata de un aficionado sino de un especialista que los anglosajones llaman “scholar”, de un “filósofo clásico”, con una formación sólida en la Universidad de Oxford donde se graduó de Baccalaureus Artium en 1953 y de Magister Artium en 1957.

También son distintos los libros en cuanto a su extensión y su contenido. Frente a doscientas páginas del libro de Motta Salas, el Padre Briceño nos ofrece en dos mil páginas de gran tamaño (16 por 24 cms.) no sólo la historia de la literatura griega, sino también una antología (ésta impresa en letra más pequeña) de sus autores traducidos al español. La historia literaria abarca casi mil cuatrocientos años: va desde Homero (que nuestro autor sitúa, tal vez, un poco temprano, en el siglo IX a.C.) hasta los padres de la Iglesia de los siglos IV-V d.C. En el primer tomo estudia la epopeya, la lírica y la tragedia; el segundo está dedicado a la comedia antigua, la historia y la filosofía anterior a la muerte de Aristóteles, y el tercero, a los períodos helenístico, romano y comienzos del bizantino. El autor, antes de tratar los temas literarios, en lo que él denomina con el vocablo de “ambientación”, describe las condiciones políticas, sociales, económicas, jurídicas (para introducir al género oratorio), la organización de los espectáculos teatrales y las competencias deportivas, etc. La biografía de cada autor está precedida por unas breves características trazadas ya por los escritores antiguos, ya por los filólogos clásicos de la época moderna. (¿Pero para qué resucitar a finales del siglo XX a Pierron, y Egger, muertos en 1878 y en 1887, a los cuales ya hace años no citan ni siquiera en Francia sus propios compatriotas?).

Después de presentar los datos sobre la vida y la obra de un escritor, el P. Briceño propone varios temas que deben guiar al estudiante en el análisis de los textos siguientes. En mi opinión, estos temas o preguntas deberían formularse después de

la lectura del texto y no antes; hay que respetar la iniciativa del lector frente a una obra literaria. Además, si los temas ofrecidos después de la lectura obligan al estudiante a repetirla, tanto mejor: lo que el joven debe aprender no es la lectura rápida de una obra clásica sino reflexionada y repetida, y por ende lenta.

En el prólogo el autor declara: “Era nuestra intención de traducir personalmente todos los autores... Pero la versión íntegra de todos nos llevaría aún mucho tiempo”. Por este motivo una parte de la antología está formada por la recopilación de las versiones españolas ya existentes. No sería justo considerarlo como un defecto. Aunque a veces se echa de menos unas traducciones más recientes y más perfectas, deben tenerse en cuenta los obstáculos legales que impiden la reimpresión de un texto sin permiso del autor (en este caso, del traductor) y de los editores. Y estos permisos generalmente no se otorgan gratis.

A Homero lo leemos en la traducción en prosa de Segalá y Estellella. Esta data de principios del siglo, pero soporta bien su edad y ha sido reeditada varias veces. Pero no se entiende por qué el P. Briceño utilizó la primera edición de esta versión, en la que los nombres de los dioses griegos fueron latinizados. Más tarde Segalá mismo reconoció el error de este procedimiento y, desde la segunda edición, restituyó a los dioses sus nombres griegos. Ahora, como el P. Briceño usa en el prólogo los nombres griegos y en la versión aparecen los nombres latinos, puede surgir una confusión en la mente de un lector poco experto en la mitología antigua.

Se podría preguntar, a propósito del éxito de una traducción en prosa de Homero, por qué no prosperan las versiones de este poeta hechas en hexámetros españoles (la última es la de Fernando Gutiérrez, 1980). La explicación, según mi modesto entendimiento, debe buscarse en las características diferentes que predominan en las métricas de las dos lenguas: en el hexámetro griego la palabra empieza generalmente en una unidad métrica (un pie que puede ser dátilo o espondeo) y termina en otra, entrelazando ambos pies, mientras que en español la unidad métrica, para que pueda ser percibida como tal, tiende a coincidir con la unidad léxica, es decir, el pie separado equivale a una palabra (o a un grupo de intensidad). A causa de estas dos tendencias diferentes también las cesuras (las pausas) resultan ser diferentes: en el hexámetro griego ellas se ubican dentro de un pie. mientras que

en el español, con mayor frecuencia, al final de un pie. Y no debemos olvidar que la métrica griega se basa en la cantidad de las sílabas (largas y breves), mientras que la española en la alternancia de sílabas acentuadas y átonas. Todo esto da como resultado que un verso como el siguiente de José Eusebio Caro (*En alta mar*):

*Céfiro ¡rápido lánzate! ¡rápido empújame y vivo!*

suenan completamente distinto, por ejemplo, del verso trece del primer canto de la *Iliada*, aunque ambos están compuestos de cinco dátilos y un troqueo.

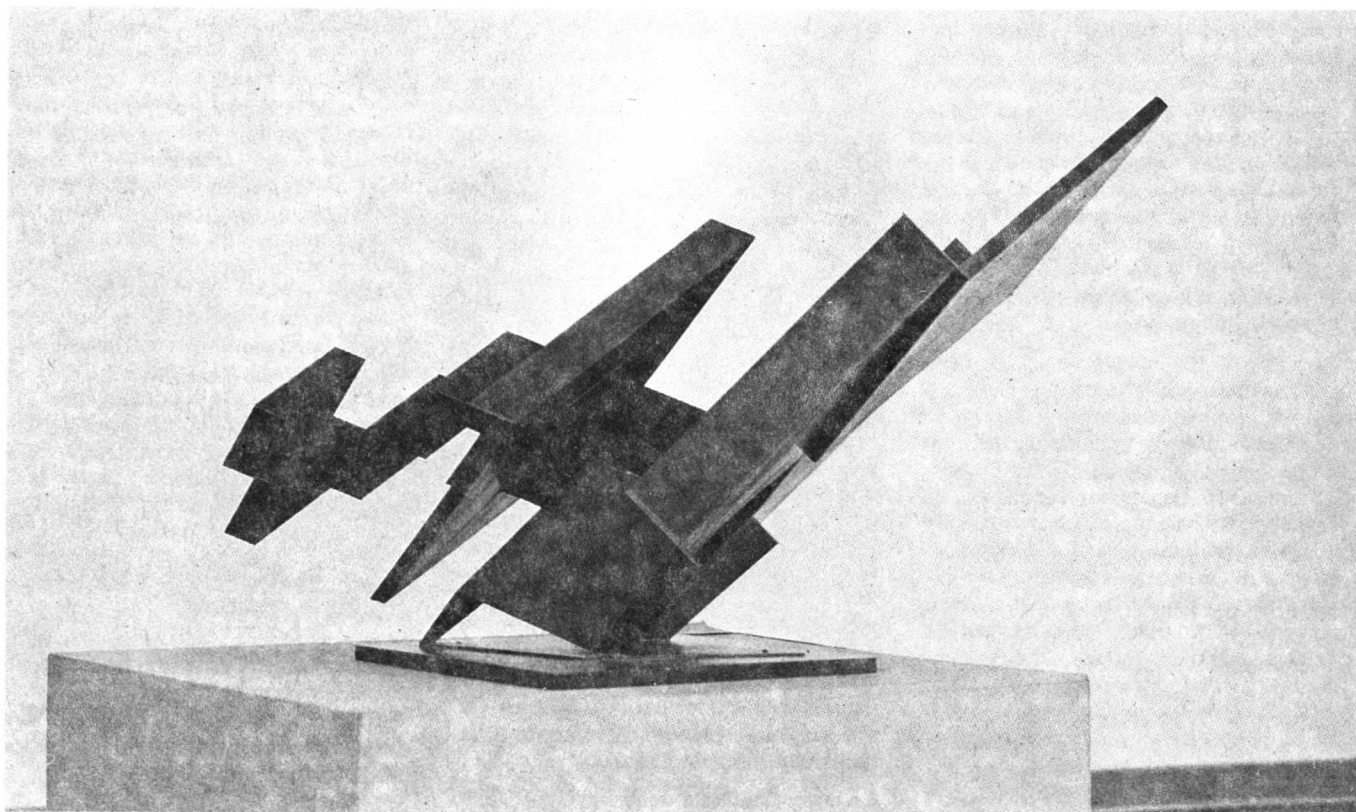
Volviendo después de esta digresión a la antología objeto de esta reseña, constatamos que varios pasajes de Hesíodo son traducidos por el P. Briceño mismo. También encontramos muchas versiones suyas de los líricos. Es de justicia reconocer que ellas son exactas. Pero también hay que observar que al traducir los versos líricos en prosa se pierde mucha savia del original, aunque una buena traducción en prosa es preferible a unos malos versos. Una estrofa sáfica cuya estructura ha sido conservada por el P. Briceño (I, pág. 301) muestra que él posee también dotes poéticas:

*Junto a la luna, los luceros  
no ya descubren su esplendor radiante  
cuando ella alumbra con plateado disco  
la tierra entera.*

No sé si es mejor (tal vez, más literal) la versión de Juan Ferraté (poeta catalán, traductor, crítico y especialista en teoría literaria) publicada en su edición bilingüe de los *Líricos griegos arcaicos* (Barcelona, Seix Barral, 1968, pág. 253):

*Las estrellas que cercan a la luna  
atrás ocultan su luciente cara,  
cuando está llena y más que nunca brilla  
sobre la tierra...*

Es una lástima que entre las traducciones de Safo el autor de la antología haya admitido versos tan mediocres como los que elaboró Enrique Uribe White basándose en el texto “reconstruido” por Edmonds. Ya en 1963 escribí sobre el safocidio que había cometido este hombre de letras colombiano al “traducir” las odas de la poetisa de Lesbos. (No es de mi incumbencia valorar los méritos de Uribe White que, sin duda, los ha tenido, en el campo de la literatura o cultura colombiana. Los mencionó mi estimado colega H. Rochester en una nota necrológica. Pero esto no cambia en nada el hecho de que su *Antología de Safo* es un desastre). En la ver-



"Orquídea" 1978. Altura 0,78 cms.

sión del poema de aquella *Antología* retomada por el P. Briceño (I, pág. 301) se lee:

*Ven aquí esta noche, oh Góngula, te ruego;  
ven aquí, te conjuro, y que te estreche,  
capullito de rosa,  
el peplo lidio de color de leche.  
¡Oh, cómo turba mi sosiego  
este deseo, que flota  
en redor de tu forma primorosa!*

*Por ello te reprocha la Cipriota,  
por coqueta al ceñir tu vestidura  
y hechizar al que mira tu figura.  
Yo me río...*

*Mas no te ofendas, diosa, por tan poco,  
por el lenguaje mío.  
Humilde yo te invoco,  
para que, dando oído a mi querella,  
triunfes de su desvío  
y rindas a mi amor esta doncella.*

Si miramos la reciente traducción del texto, hecha por F.R. Adrados (*Lírica griega arcaica*, Biblioteca Clásica Gredos, 31, Madrid, 1980, pág. 359), encontramos descifradas las siguientes palabras del

fragmento bastante mal conservado en un papiro:

*"... te pido... Góngula... oh Abantis, cogiendo... la lira, mientras el deseo vuela en torno a ti / la bella; pues esa capa me ha hechizado, siento placer, pues ni la misma nacida en Chipre la habría criticado... / así oro... esto... quiero".*

¿Cómo el elogio de una capa (cosa naturalísima entre las mujeres, poetisas y no poetisas) se convirtió en una invitación a pasar la noche estrechándose amorosamente? El texto que seguía (contra los consejos del profesor español Manuel Fernández-Galiano de no hacerlo) era el de Edmonds. Este, lector de la Universidad de Cambridge, había llegado a tal dominio del griego que podía crear versos en esta lengua, por desgracia, de muy mal gusto y, lo peor, era que con sus "creaciones" completaba los fragmentos de los poetas helenos. Por eso sus ediciones de líricos y cómicos griegos deben usarse con muchísimo cuidado (y más aconsejable sería dejarlos en un olvido bien merecido). Pero Edmonds, aunque leía con demasiada fantasía lo que estaba casi ilegibi-

ble en los papiros, tenía suficiente rigor para indicar en las notas sus adiciones con las palabras: "exempli gratia", mientras que Uribe White aceptó todo el texto "reconstruido" por Edmonds como obra de Safo y la tradujo adivinándola con expresiones dignas del estilo de Agustín Lara ("capullito de rosa ... primorosa"). El P. Briceño debió pensarlo dos veces antes de incluir este producto de transpiración poética en su antología.

En los capítulos dedicados a la lírica griega arcaica se observan dos fenómenos bastante extraños. En primer lugar, hay poetas, como Safo o Jenófanes, que son traducidos de varias ediciones, dos de las cuales, la inglesa *Oxford Book of Greek Verse* y la belga *Choix de Poésies Lyriques Grecques*, están destinadas a la enseñanza secundaria. Pero, cuando se trata de textos transmitidos en los papiros (como en el caso de Safo) son más confiables las ediciones científicas que las escolares. En segundo lugar (y eso es peor), aparecen traducciones del P. Briceño hechas no sobre los originales griegos, sino sobre las versiones francesas e inglesas, porque no de otra manera entiendo las



traducciones bajo las cuales aparecen apellidos franceses o ingleses, como Croiset, Sinclair, etc. En ambos casos tenemos la prueba clara de que el P. Briceño, al editar los tres tomos de la literatura griega, realizó un gran milagro porque logró llevar a cabo su antología a pesar de que trabajaba en la biblioteca paupérrima del Colegio Noviciado de Santa Rosa de Viterbo, Boyacá. La biblioteca de la Universidad Javeriana, en aquella época, no estaba mejor dotada.

Para la próxima edición de su antología el P. Briceño tiene el derecho de reclamarle a la Compañía de Jesús que le procure una, dos o todas las colecciones de autores griegos que aquí mismo se enumeran: La colección de las Universidades de Francia, patrocinada por la Asociación G. Budé y editada por "Les Belles Lettres" en París, que publica los textos bilingües greco-franceses; las de la Universidad de Oxford y de la editorial alemana Teubner (Leipzig y Stuttgart) que presentan sólo los textos griegos sin traducción; la "Biblioteca di Studi Superiori" (Firenze, La Nuova Italia) en la cual hay varios tomos dedicados a los autores griegos que contienen amplias introducciones, comentarios y textos con la traducción italiana; la "Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos" (bilingüe) editada antes en Barcelona y actualmente en Madrid por el CSIC, excelente pero todavía muy reducida en volúmenes; la "Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana", también bilingüe, cuyo texto griego con frecuencia está acompañado de un aparato crítico muy reducido. El número de sus volúmenes también es pequeño. Todas estas colecciones incluyen tanto a autores griegos como latinos.

Entre los textos de prosa que predominan en el segundo tomo, se debe subrayar la importancia del Diálogo de Melos. Es el diálogo entre los imperialistas y sus víctimas. Por las preguntas que el P. Briceño pone en el análisis de este texto de Tucídides se nota que él se ha percatado de su importancia. Pero, por desgracia, es muy difícil entender la traducción del diálogo hecha por el padre ecuatoriano A. Espinosa Pólit, S.J., que leemos en la antología. Sin duda, Tucídides es un autor duro, pero en esta versión es ininteligible. Por esta razón, a mis estudiantes, que no saben mucho griego y que confiesan entender menos al P. Espinosa Pólit, debo aconsejarles que acudan a las versiones españolas de Adrados o de Alsina.

El tercer tomo da cabida a varios autores de épocas generalmente descuidadas, inclusive en la enseñanza universitaria. Es

digna de elogios la traducción realizada por el P. Briceño de *El cascarrabias* de Menandro, obra encontrada completa recientemente en las arenas de Egipto.

En la parte dedicada a la historia de la literatura griega se notan los sólidos conocimientos del autor. Pero, como estamos en el campo de las "ciencias impuras", uno puede a veces discrepar de sus opiniones o formularlas de otra manera. Por ejemplo, no es muy claro el cuadro de las invasiones aqueas (I, págs. 3-5). Pero hay que reconocer que después de la publicación de este tomo han surgido nuevas hipótesis que trastornan lo que se consideraba ya establecido. Así, por ejemplo, Hampl cree que los aqueos llegaron a Creta desde el Asia Menor y después pasaron de allí a Grecia; Chadwick niega la invasión doria; según él los dorios llegaron junto con los aqueos como sus vasallos, y hacia el año 1200 a.C. se sublevaron contra los príncipes micénicos. Pero, en realidad, estas hipótesis tienen poco que ver con la literatura griega o específicamente con Homero. Aceptamos la afirmación de Hampl: "Homero no ha escrito un libro de historia".

En las definiciones del estilo del P. Briceño usa un lenguaje muy lacónico. Tal vez, ellas sirven para fines didácticos, pero pueden resultar demasiado simplificadas y aun inexactas. Así, no es justo afirmar que el estilo de Jenófanes sea "ordinario". El pasaje de la *Metafísica* (A 986 B 27) de Aristóteles en que se apoya nuestro autor, no habla del estilo, sino que critica a Jenófanes y a Meliso por su deficiente lógica en la argumentación y a causa de esto los califica como *agroikóteroi* 'bastante rústicos'.

Cuando se cita la opinión de San Jerónimo sobre Orígenes (III, pág. 585): "sólo segundo después de San Pablo" debe agregarse que más tarde San Jerónimo atacó a Orígenes como hereje.

Los tres tomos están ilustrados, pero muchos dibujos resultan borrosos. Algunos fantásticos, hechos por los dibujantes modernos, deberían desaparecer.

Para la próxima edición recomendaríamos un mayor número de traducciones del mismo Padre Briceño, una bibliografía más actualizada con mayor representación de los estudios publicados en español y que no excluyera los libros en alemán e italiano.

El segundo libro del P. Briceño, *Raíces clásicas de nuestra cultura*, contiene en su primera parte ensayos humanísticos en los cuales el autor aborda varios temas, con-

sagrados en su mayoría a Grecia. Nos limitaremos a éstos. En el primer capítulo expone brevemente lo que Grecia y Roma nos ha legado. En el tercero presenta como hipótesis bastante dudosa la de la identificación de la Atlántida con la isla de Thera (Santorín) en el mar Egeo, cuya destrucción por el volcán ha sido relacionada por algunos con la ruina de la civilización minoica. En el capítulo cuarto relata la vida de Schliemann (1822-1889) y describe sus excavaciones en Troya y en Grecia. En el quinto analiza la actitud de los griegos frente a la muerte y al más allá en cuanto ella se refleja en la lírica. En el séptimo informa sobre la navegación practicada por los griegos hace tres mil años. En el octavo explica el trasfondo político de la construcción del Partenón. En el noveno reseña los diversos intentos de abrir el canal de Corinto, emprendidos en la Antigüedad y realizados sólo en la época moderna (1893). En el capítulo décimo nos presenta el boxeo heleno en toda su crueldad. En el undécimo nos invita al viaje con los argonautas. En el décimo tercero traza un esbozo del mismo entre los griegos y traduce uno de ellos, *El zapatero* de Herodas.

Es una lástima que el P. Briceño decida, desde el principio (pág. 15), no tratar el aspecto filosófico del legado griego, porque allí hunde sus raíces toda la filosofía occidental de las épocas posteriores, y aún de la nuestra. La única vez que trata el tema, cuando habla de la competencia entre los epicúreos y los estoicos, comete un error de distracción, porque estos últimos no son partidarios de Zenón de Elea, como lo afirma el P. Briceño, sino de Zenón de Citio.

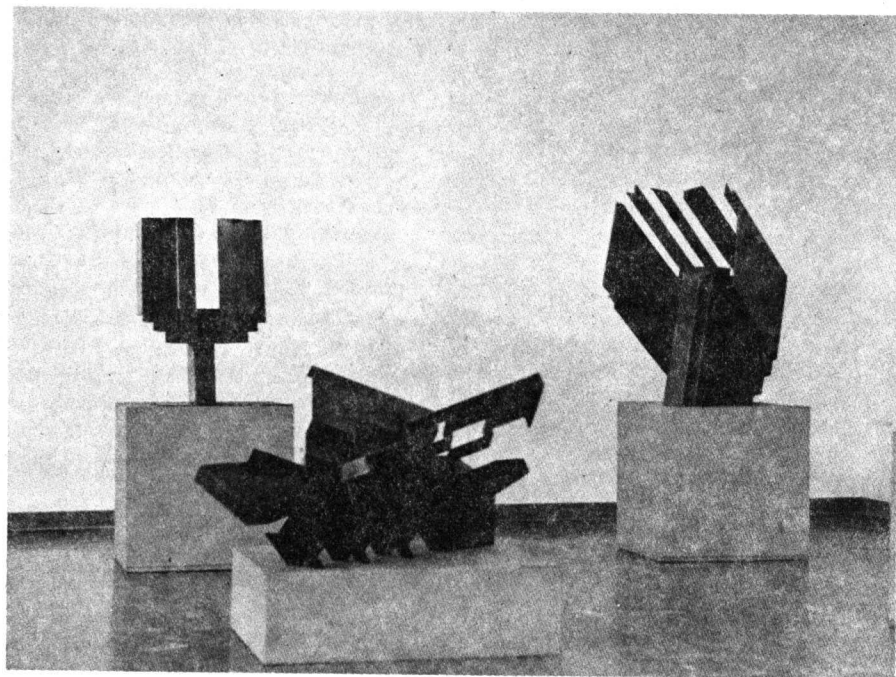
En esta obra los temas son tratados con seriedad científica, pero también con amenidad. Es la popularización de alta calidad en la cual se destacan los británicos. También en esto el P. Briceño demuestra ser un digno representante de la escuela de Oxford.

Desconozco la razón por la cual no se indica el lugar donde habían sido publicados anteriormente los ensayos recogidos en esta obra.

## 2

**Enrique Barajas Niño, Curso de etimologías griegas especializado en terminología biológica y médica**, Biblioteca Científica de la Presidencia de la República, Tomos III y IV, Bogotá, 1984, 2 partes, 693 págs.

Durante los siete lustros que llevo en Colombia varios médicos me han expresa-



Vista parcial de la exposición.

do repetidas veces su deseo de tener un manual o un diccionario con explicación de los términos provenientes del griego o del latín. En cuanto a las raíces griegas, los dos tomos elaborados por el profesor Barajas, mi antiguo discípulo y actual colega en la Sección de Filología y Literaturas Clásicas del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional, responden a ese deseo de los médicos y también de los biólogos. Hay que reconocer también el mérito a la Presidencia de la República que ha realizado la publicación de los dos tomos vinculándola con la Segunda Expedición Botánica.

En la introducción se da un breve bosquejo de la historia de la terminología científica. No es muy exacta la calificación de Hipócrates y Galeno como “los dos primeros médicos de Occidente” (pág. 7), puesto que el primero, el más famoso médico de la Antigüedad, vivió en los siglos V-IV a.C., y el segundo, el último de los grandes médicos de la Antigüedad, en el siglo II d.C. Tampoco se puede admitir que después de los elogios muy merecidos a la lengua griega, se reduzca el papel actual del latín al “privilegio eminente de ser madre de nueve lenguas modernas, razón por la cual se le estudia y conoce en gran parte de Europa y América” (pág. 7). No se pueden negar el interés y la utilidad del latín para aquellos que estudian o enseñan lenguas románicas, aun-

que se debe constatar que la América Latina es el subcontinente en donde se estudia menos el latín. Extraña el hecho de que el profesor Barajas deje a un lado la literatura latina que va desde Plauto hasta los humanistas, también el pensamiento tanto filosófico como científico, expresado en esta lengua por los autores que van desde Cicerón hasta Descartes y Leibniz y el hecho de que el latín sirvió hasta el siglo XVII como vehículo de comunicación internacional y hasta hace muy poco como lengua oficial de la Iglesia Católica.

En la obra, las palabras están organizadas según las familias semánticas. Como los términos, en su mayoría, son compuestos, al lado de la explicación de un elemento se indica la página en la que se interpreta el otro. El índice alfabético, puesto al final del segundo tomo, facilita la consulta.

Algunas pequeñas observaciones sobre inexactitudes de menor importancia que he encontrado en el primer tomo: no se puede decir que la *dzeta* griega se pronuncie como la *z* italiana (pág. 14), puesto que en italiano esta letra se pronuncia de dos maneras. El espíritu áspero no se pronuncia como la *j* española (pág. 16), sino como la *h* inglesa.

Las palabras: “monasterio”, “bautisterio”, “cementerio” deberían indicarse en

sus formas originales (pág. 39) puesto que ya existían en el griego de los antiguos cristianos.

En la bibliografía (págs. 692-3), están indicadas principalmente las obras relacionadas con los términos de biología y medicina. Sin embargo aparecen algunas que se refieren a las etimologías griegas del español en general, como la del mejicano Mateos. Entonces, resulta bastante extraña la omisión de tres estudios del colombiano Félix Restrepo, S.J., que llevan los títulos: *Llave del griego*, *La cultura popular griega a través de la lengua castellana* y *Raíces griegas*, las dos últimas recientemente (1979) reeditadas por el Instituto Caro y Cuervo.

### 3

**Andrés Holguín**, *Notas griegas*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo —El Muro Blanco, 1977, 205 págs.

Su autor es una personalidad, polifacética: abogado y antiguo procurador de la República, buen traductor de los poetas franceses, poeta él mismo y compilador de una antología de la poesía colombiana, especialista en tortugas y filósofo que se preocupa por el problema del mal, profesor y organizador de cursos de divulgación cultural, periodista y escritor.

El libro es una amena descripción de su viaje por Grecia. Solamente en el último capítulo trata de un tema científico: “¿Fueron los griegos herederos de los minoicos?”. La respuesta del autor es tajantemente negativa. En mi opinión, debería ser más matizada. Sin duda hay un hiato entre las culturas minoica-micénica y la griega posterior a la invasión (¿o sublevación?) de los dorios, pero las relaciones culturales entre Creta y Micenas son innegables, como lo demuestra ya el hecho mismo de que la escritura micénica (lineal B) retoma una parte de los signos de la minoica (lineal A).